LA HORQUETA ADIVINADORA

Ginnevra D.

Image not found.

Capítulo 1

LA HORQUETA ADIVINADORA

[De la obre "*Supersticiones Populares, y las Verdades Contenidas allí*" del Dr. Mayo, un libro recién publicado por Lindsay & Blakiston, de esta ciudad, hacemos un curioso extracto.]

En los distritos mineros, una superstición prevalece entre la gente, se dice que algunos nacen dotados con un poder oculto de detectar la proximidad de las vetas de metal y de las corrientes subterráneas de agua. En Cornualles, sostienen que uno de cada cuarenta posee esta facultad. El modo de ejercitarlo es muy simple. Cortan una ramita de avellano, justo debajo de donde se bifurca. Habiendo quitado las hojas, cortan cada rama a algo más de un pie de largo, dejando el tocón de tres pulgadas de largo. Este implemento es la varita de adivinación. El avellano se selecciona para el propósito, porque se bifurca más simétricamente que sus vecinos.

La horqueta de avellana debe sujetarse por las ramas, una en cada mano, el muñón o apuntador se proyecta hacia adelante. Los brazos del experimentador cuelgan a los costados, excepto los codos, doblados en ángulo recto, los antebrazos avanzan horizontalmente: las manos se mantienen a una distancia de ocho a diez pulgadas; los nudillos hacia abajo y los pulgares hacia afuera. Los extremos de las ramas de la horquilla de adivinación aparecen entre el comienzo de los pulgares y de los índices.

El operador, así armado, camina sobre el terreno que intenta explorar, con la plena expectativa de que, si posee el don místico, tan pronto como pase por una veta de metal o un manantial subterráneo, la horqueta de avellano comenzará a moverse espontáneamente en sus manos, subiendo o bajando según sea el caso.

Posiblemente a usted le divierte mi grave afirmación, como un hecho, de un evento tan improbable. De hecho, es natural que suponga que todo es juego de malabarismo, y piense que el movimiento aparentemente espontáneo de la horqueta de adivinación se la comunica realmente por medio de las manos del prestidigitador, por un truco, de hecho, que pone en práctica cuando cree que está caminando sobre un curso de agua oculto, o desea que usted crea que hay una veta de metal cerca. Bueno, pensé como usted la mayor parte de mi vida; y probablemente la forma más probable de combatir su escepticismo, será contarle cómo se produjo mi propia conversión.

En el verano de 1843, viví bajo el mismo techo que un caballero escocés, bien informado, de una actitud seria, totalmente dotado de las características nacionales de astucia y precaución. Socialicé mucho con él;

y un día, por casualidad, se mencionó este tema de la vara adivina. Me dijo que, en cierta ocasión, al haberse despertado su curiosidad sobre el tema, se había tomado la molestia de averiguar qué contenía. Con este objetivo a la vista, había conseguido carta introductoria para la señora R., hermana de Sir G. R., que entonces vivía en Southampton, quien había aprendido a ser uno de aquellos en cuyas manos se movía la vara adivinadora. Visitó a la dama, que fue lo suficientemente educada como para mostrarle en qué consistía la actuación, y para responder a todas sus preguntas, y para ayudarlo a hacer experimentos calculados para probar la realidad del fenómeno y dilucidar su causa.

La señora R. le dijo a mi amigo que, estando en Cheltenham en 1806, vio, por primera vez, la vara adivinadora utilizada por la señora coronel Beaumont, que poseía el poder de impartirle movimiento en un grado muy notable. La Sra. R. probó el experimento ella misma en ese momento, pero sin ningún éxito. Ella estaba, de hecho, muy lejos de encontrarse bien en ese momento. Luego, en el año 1815, cuando un amigo le preguntó cómo se sostenía la varilla de adivinación y cómo se usaba, al mostrárselo se sorprendió al ver que el instrumento ahora se movía en sus manos.

Desde entonces, cada vez que ella repetía el experimento, el poder siempre se había manifestado, aunque con diversos grados de energía.

La Sra. R. luego llevó a mi amigo a un bosquecillo de arbustos donde ella sabía, por pruebas anteriores, que la vara adivinadora se movería en sus manos. Lo hizo, para gran sorpresa de mi amigo; e incluso continuó moviéndose, cuando, aprovechando el permiso de la Sra. R, mi amigo le agarró las manos con suficiente firmeza para evitar, como él suponía, cualquier acción muscular de sus muñecas o dedos que influyeran en el resultado.

Un día después, mi amigo, al pensar en lo que había visto, repitió su visita a la dama. Se proveyó, como sustitutos de la horqueta de avellana que la había visto emplear, con pedazos de cobre y alambre de hierro de aproximadamente un pie y medio de largo, doblados en la forma de la letra V. Había construido, de hecho, varillas adivinadores de alambre, faltándole solo el punto de proyección. Descubrió que estos instrumentos se movían tan libremente en las manos de la Sra. R. como lo había hecho la horqueta de avellana. Luego cubrió las dos asas de una de ellas con cera de sellar, dejando, sin embargo, los extremos libres y descubiertos. Cuando la Sra. R. probó la vara así preparada, sujetando las partes solo que estaban cubiertas con cera de sellar, y caminó sobre el mismo pedazo de terreno que en los experimentos anteriores, la varilla permaneció perfectamente quieta. Sin embargo, con la misma frecuencia, -sin mayores cambios que ajustar sus manos para tocar los extremos libres del cable con sus pulgares- la Sra. R. renovando así contacto directo con el instrumento, este se movió de nuevo. La moción cesó nuevamente tan

a menudo como el contacto directo fue interrumpido.

Esta simple narración, que me hizo el difunto Sr. George Fairholm, me convenció de la realidad del fenómeno. Le pregunté a mi amigo por qué no había profundizado en el tema. Dijo que a menudo había pensado hacerlo, y que, según creía, había sido disuadido principalmente al encontrarse con el trabajo del Conde de Tristan, titulado *Recherches sur quelques effluvus terrestres*, París, 1829, en el que se daban hechos similares a los que el mismo había verificado y se detallaban algunos experimentos curiosos adicionales.

A instancias del Sr. Fairholm conseguí el libro y, en un período posterior, lo leí. Puedo decir que me satisfizo y decepcionó. Me satisfizo, en la medida en que confirmó completamente todo lo que el Sr. Fairholm había declarado. Me decepcionó, ya que no arrojó luz adicional sobre el fenómeno. De hecho, el señor de Tristan había aportado muy poco conocimiento físico a la investigación, de modo que una gran parte de sus experimentos eran pueriles. Sin embargo, aun sus experimentos más simples son valiosos y sugestivos. Describiré estos en su momento. Mientras tanto, escuchará usted la propia narración del Conde de su iniciación en los misterios de la vara adivina.

"La historia de mis investigaciones", dice M. de Tristan, "es simplemente esto. Hace unos veinte años, un caballero que, desde su posición en la sociedad, no podía tener ningún objetivo que ganar mediante el engaño, me mostró, para mi diversión, el movimiento de la vara adivinadora. Él atribuyó el movimiento a la influencia de una corriente de agua, que me pareció una suposición probable. Pero mi atención estaba más comprometida con la acción producida por la influencia, que esta última fuera lo que fuera. Mi informante me aseguró que se había reunido con muchos otros en los que se manifestaron los mismos efectos. Cuando volví a casa, y tuve la oportunidad de hacer pruebas en circunstancias favorables, yo; descubrí que yo mismo poseía el mismo don. Desde entonces, he inducido a muchos a hacer el experimento, y he encontrado un cuarto, o; ciertamente un quinto, del número capaz de poner en movimiento la varilla de adivinación en el primer intento. Desde ese momento, durante estos veinte años, a menudo he intentado con mi mano, pero solo por diversión, y de forma descuidada, y sin ninguna idea de convertir el asunto en un objeto de investigación científica. Pero al fin, en el año 1822, estando en el campo, y apartado de mis ocupaciones ordinarias, el tema volvió a cruzarse conmigo, y decidí de inmediato tratar de averiguar la causa de este fenómeno. En consecuencia, comencé una larga serie de experimentos, de quince a mil ochocientos en número, que me ocuparon casi quince meses. Los resultados de más de mil doscientos fueron anotados en el momento de su ocurrencia".

La escena de las operaciones del conde fue en el valle del Loira, a cinco leguas de Vendoine, en el parque del Chateau de Ranac. La superficie de

la tierra que dio los resultados deseados era de setenta a ochenta pies de ancho. Pero había otro lugar igualmente eficiente: la residencia habitual del conde en Emerillon, cerca de Clery, cuatro leguas al sur de Orleans, diez leguas al sur del Loira, al comienzo de las llanuras de Solonge. La superficie corría de norte a sur y tenía la misma amplitud que la otra. Estos "tramos excitantes" forman, en general, bandas o zonas de longitud indeterminada y, a menudo, muy grande. Su amplitud es muy variable, algunas tienen solo tres o cuatro pies de ancho, mientras que otras tienen cien pasos. Estos tractos a veces son sinuosos; en otros casos, se ramifican. Para los más susceptibles, son más amplios que para los que no lo son tanto.

M. de Tristan describe así lo que ocurre cuando una persona competente, armada con una vara de avellana, recorre los emocionantes distritos: Cuando se han hecho dos o tres pasos sobre el excitante tramo de terreno, la horquilla, que al inicio se mantiene horizontal, con el punto hacia delante, comienza a ascender suavemente; gradualmente alcanza una posición vertical; a veces pasa más allá de eso, y bajando, con su punta hacia el pecho del operador, se vuelve horizontal. Si el movimiento continúa, la varilla que desciende se vuelve vertical, con el punto hacia abajo. Finalmente, la barra puede ascender nuevamente y reasumir su primera posición. Cuando la acción es muy animada, la barra comienza inmediatamente una segunda revolución, y así continúa, mientras el operador continúe caminando sobre la excitante superficie de la tierra.

Algunos de aquellos en cuyas manos se dividen los movimientos de la horquilla exhiben una notable peculiaridad. El instrumento, en lugar de comenzar su movimiento ascendiendo, desciende; el punto se dirige verticalmente hacia abajo; luego vuelve a la normalidad y completa una revolución en un curso opuesto al habitual; y con la misma frecuencia y mientras se excite su movimiento, persigue este curso anormal.

De los numerosos experimentos realizados por M. de Tristan, los siguientes se encuentran entre los más simples y mejores:

Cubrió ambas manijas de una varita adivinadora con un grueso hilo de seda. El resultado de usar el instrumento así preparado fue el mismo que el Sr. Fairholm obtuvo al recubrir los asas con cera de sellar. El movimiento de la vara adivinadora se extinguió.

Cubrió ambas manijas con una capa de seda fina. Entonces descubrió que el movimiento de la varilla de adivinación tenía lugar, pero era menos animado y vigoroso que de ordinario,

Al cubrir una manija de la varilla de adivinación, y la derecha, con una capa de seda fina, se obtuvo un resultado muy singular e instructivo. El

movimiento del instrumento ahora se revirtió. Comenzó por descender.

Después de cubrir la punta o apuntador de la varilla de adivinación con una gruesa capa de material de seda, el movimiento fue sensiblemente más rápido de lo que había sido antes.

Cuando el Conde sostenía en sus manos una vara recta de la misma sustancia conjuntamente de la vara ordinaria de adivinación, no se producía ningún movimiento de esta última en absoluto.

Finalmente, el Conde descubrió que podía hacer que la varilla de adivinación se moviera cuando caminaba sobre una superficie no excitante -como, por ejemplo, en su propia recámara- por varios procesos. De éstos, el más interesante consistía en tocar la punta del instrumento con cualquier polo de una aguja magnética. El instrumento pronto comenzaba a moverse, ascendiendo o descendiendo, de acuerdo con el polo norte o sur de la aguja que se le había aplicado.

No es necesario agregar que estos, y todos los experimentos de M. de Tristan, fueron repetidos por él muchas veces. Los resultados de los que he narrado fueron constantes.

Permítanme ahora intentar condensar un poco las declaraciones anteriores.

1. El testimonio que se aduce demuestra que mientras que en manos de la mayoría de las personas, la vara adivinadora permanece inmóvil, en manos de algunos se mueve rápida y vigorosamente cuando se cumplen las condiciones requeridas.

2. No es menos cierto que el movimiento de la vara adivinadora haya aparecido, para varios personajes inteligentes y honestos, que hayan tenido éxito en producirlo, en forma por completo espontánea; o que dichas personas no eran conscientes de haber excitado o promovido la moción por la mínima ayuda de parte suya.

3. Parece que en el uso ordinario de la varita de adivinación por parte de personas competentes, su movimiento solo se manifiesta en ciertas localidades.

4. Si se asume que el operador no produce el movimiento de la varilla de adivinación, aunque sea inconscientemente, por la acción muscular de sus manos y muñecas, entonces la forma más probable de explicar el fenómeno es suponer que la vara adivinatoria puede convertirse en el conductor de algún fluido o fuerza, emanada o perturbada en el cuerpo por una agencia terrestre.

Pero aquí surge una dificultad: ¿cómo puede suceder que la fuerza hipotética haga un recorrido tan largo y redondo? ¿Por qué, comunicado al cuerpo a través de las piernas, el líquido supuesto no completa un circuito a la vez en la parte inferior del tronco?

Tal, en cualquier caso, sería el curso que tomaría una corriente eléctrica así circunstanciada.

La dificultad planteada admite ser eliminada por la ayuda derivada de una fuente nueva e inesperada. Me refiero al descubrimiento, por Von Reichenbach, de una nueva fuerza o principio en el mundo físico que, independientemente de que sea o no idéntico a lo que da movimiento a la vara adivinadora, exhibe, en todo caso, la misma propiedad que el principio hipotético debería poseer para explicar los fenómenos que hemos estado considerando.

No se han hecho intentos para identificar; los dos como uno: y mi conjetura de que pueden probar si parece plausible, es tan vaga, que debería haberme contentado con referirme al nuevo principio de Von Reichenbach como a una verdad establecida y no introducirlo en esta carta , ¿no tenía un segundo motivo para asegurar tu conocimiento de los hechos curiosos que el filósofo vienés ha sacado a la luz? Es menos con el propósito de ponerle un pie a la teoría de la vara adivinadora, que para proporcionar los medios de elucidar problemas más interesantes, que ahora procedo brevemente a esbozar los principales experimentos realizados por Von Reichenbach, y sus resultados.

Se han objetado contra estos experimentos, sobre la base de que sus efectos son puramente subjetivos: que los resultados deben recibirse con el testimonio de la parte empleada; y que las mejores partes para el propósito son personas cuya sensibilidad natural es exaltada por el desorden de los nervios; una clase de personas siempre sospechosa de exageración, e incluso, y en parte con justicia, de una tendencia al fraude y al engaño. Pero esto era bien conocido por Von Reichenbach, quien parece haber tomado todas las precauciones necesarias para asegurar sus observaciones contra el error. Y cuando, agrego, que muchos de los resultados que obtuvo sobre los más sensibles y altamente nerviosos, también se manifestaron en personas de carácter establecido y en buena salud, y que la fidelidad del autor y sus investigaciones está autenticada por la publicación de este último en los Anales Químicos de Woehler y Liebig, (Suplemento del volumen 53, Heidelberg, 1845). Creo que no se les negará la total confianza.

En general, las personas en salud y de una constitución fuerte son insensibles a la influencia de la nueva fuerza de Von Reichenbach. Pero todas las personas, cuyo tono de vida ha disminuido por su modo de vida: hombres de hábitos sedentarios, empleados y demás, y mujeres que emplean todo su tiempo en labores de aguja, cuya tez pálida muestra el

estado relajado y por lo tanto irritable de sus figuras -todos, o casi todos- evidencian más o menos susceptibilidad a la influencia que estoy a punto de describir.

Von Reichenbach descubrió que, cuando se hacen pases lentos con los polos de un imán fuerte movidos paralelos a la superficie, por ejemplo, hacia abajo o por las extremidades, y lo suficientemente lejos solo para no tocar la ropa - las personas de esta última clase sienten sensaciones bastante desagradables que en otras condiciones, tales como un ligero aire soplado sobre ellos en la trayectoria del imán.

En el progreso de sus investigaciones, Von Reichenbach encontró que los más sensibles entre sus sujetos podían detectar la presencia de su nuevo agente por otro sentido. En la oscuridad vieron brillar las débiles llamas de luz que ondeaban desde los polos del imán. Los experimentos sugeridos por este descubrimiento proporcionan las pruebas más satisfactorias de la realidad de los fenómenos. Fueron los siguientes:

Se ajustó sobre una mesa un imán de herradura, con los polos dirigidos hacia arriba, el sujeto sensible vio, a la distancia de tres metros, la aparición de llamas que salían de él. Luego se le aplicó el armazón del imán, - una barra de hierro suave. Con esto las llamas desaparecieron. Reaparecieron, dijo ella [sic], tan a menudo como el armazón fue removido del imán.

Se realizó un experimento similar con un sujeto aún más sensible. Esta persona vio, en primera instancia, llamas como la primera había hecho; pero cuando se aplicó la armadura del imán, las llamas no desaparecieron: vio llamas aún, solo que eran más débiles, y su disposición era diferente. Parecían ahora emitir por igual desde cada parte de la superficie del imán.

No es necesario agregar que estos experimentos se hicieron en una habitación bien oscurecida, y que ninguno de los espectadores pudo discernir lo que vieron los sujetos sensibles.

Luego se realizó el siguiente experimento: -Una lente poderosa fue colocada de manera que concentrara la luz de las llamas (si era luz real) en un punto de la pared de la habitación. El paciente vio de inmediato la luz sobre la pared en el lugar correcto; y cuando la inclinación de la lente se desplazó, para arrojar el foco en sucesión en diferentes puntos, el observador sensible nunca dejó de señalar el lugar correcto.

Para su nueva fuerza, que Von Richenbach había descubierto que emanaba también de los polos de los cristales y los cables de la pila voltaica, le dio el nombre arbitrario pero conveniente de Od o la fuerza

Od.

Su siguiente paso fue determinar la existencia de una diferencia entre las sensaciones producidas por Od. A veces, la corriente de aire se describió como cálida, a veces como fría. Consideró que esta diferencia depende de la siguiente causa: "Siempre que el polo norte de un imán, o un polo definido de un cristal grande, o el cable negativo de una batería voltaica, se emplea en el experimento, la sensación producida es la de una ráfaga de aire fresco. Por el contrario, el polo sur del imán, el polo opuesto del cristal, el cable voltaico positivo, excitan la sensación de una corriente de aire caliente.

Así que la nueva fuerza parecía ser una fuerza polar, y Von Reichenbach llamó a la primera serie de las manifestaciones antes descritas efectos Od-negativos, los segundos efectos Od-positivos.

De entre sus numerosos experimentos para establecer la polaridad de Od, selecciono lo siguiente: uno de sus sujetos más sensibles sostuvo, a su deseo, un trozo de alambre de cobre, por el medio con la mano derecha, por un extremo con la izquierda. Entonces Von Reichenbach tocó el extremo libre del cable con un polo de un cristal grande, para cargarlo con Od. El paciente sintió inmediatamente una sensación en la mano derecha, que desapareció muy rápido, para ser sentida en su lugar por la mano izquierda, en el otro extremo del cable. Luego se le pidió agarrar el cable con ambas manos en el medio, y luego deslizarlas una hacia la otra en los extremos opuestos: ella observó, al hacerlo, que se producían sensaciones, que eran fuertes y decididas cuando sus manos sujetaban los dos extremos del cable, y disminuían en intensidad en la medida en que las manos estaban más cerca de su centro.

Von Reichenbach llegó luego a la observación de que la mano humana produce la fuerza Od; y que la mano derecha muestra los caracteres de Od negativo, los de la izquierda de Od positivo. Los sujetos más sensibles reconocieron en la oscuridad, la aparición de llamas tenues que procedían de la punta de sus dedos; y todos sintieron las sensaciones correspondientes de corrientes de aire fresco o tibio. Posteriormente, se encontró que el cuerpo entero compartía las propiedades de las manos; todo el lado derecho para manifestar Od negativo, todo el lado izquierdo Od positivo.

Entonces, en referencia a esta nueva fuerza, el cuerpo humano exhibe una polaridad transversal; la condición se realiza así y se requiere que pertenezca a la fuerza hipotética a través de la cual se supone que debe moverse la vara adivinadora. Si cualquier influencia terrestre fuera capaz de perturbar la fuerza Od en el cuerpo, sin embargo, podría afectar su intensidad, una corriente o circuito solo podría establecerse a través de los brazos y las manos; a menos que, de hecho, se tomaran algunos medios extraordinarios, como el empleo de un conductor artificial, arqueado la

mitad alrededor del cuerpo, para conectar los dos lados.

Las sensaciones que acompañan el establecimiento de una corriente de Od e interferencias con ella, en sujetos sensibles, se ejemplifican en las siguientes observaciones:

Se colocó un imán de barra en la palma de la mano izquierda de uno de los sujetos más sensibles, con su polo sur descansando en la punta del dedo medio, el polo norte en el antebrazo por encima de la muñeca. Por lo tanto, se correspondía con la disposición polar natural de la fuerza Od en la mano y el brazo del paciente. En consecuencia, no se excitó ninguna sensación. Pero cuando la posición del imán se invirtió, y el polo hacia el norte estaba en el extremo del dedo medio de la mano izquierda, surgió una incómoda sensación de un conflicto interno en la mano y la muñeca, que desapareció cuando se quitó el imán o su dirección original restaurada. Al colocar el imán invertido en el antebrazo, regresó la sensación de una lucha interior, que se intensificó al unir las manos y establecer un circuito.

Cuando el paciente completó el circuito de otra manera, es decir, sosteniendo un imán de barra por los extremos, si este último se dispuso normalmente (es decir, si el polo norte se sostuvo en la mano izquierda, el polo sur en la derecha,) se produjo una viva conciencia de alguna acción interna. Una circulación normal de Od estaba en progreso. Cuando la dirección del imán se invirtió, el fenómeno mencionado en el último párrafo se repitió. El paciente experimentó un alto grado de desazón, un sentimiento como de una lucha interna que se extendía hasta el pecho, con una sensación de girar en círculo y confusión en la cabeza.

Resultados similares se produjeron cuando Von Reichenbach se sustituyó por el imán. Cuando tomó las manos de la señorita Maix en su posición normal, es decir, la izquierda en la derecha, la derecha en la izquierda, sintió una circulación subiendo por el brazo derecho a través del pecho por el brazo izquierdo, asistida con una sensación de vértigo. Cuando cambió de mano, el desagrado de la sensación se intensificó repentinamente, surgió la sensación de conflicto interno, asistida con una especie de ondulación arriba y abajo de los brazos, y a través del pecho, que rápidamente se hizo intolerable.

Una diferencia singular pero consistente en el resultado se produjo cuando Von Reichenbach repitió los dos últimos experimentos con Herr Schuh. Herr Schuh era un hombre fuerte, de treinta años de edad, en plena salud, pero altamente susceptible a Od. Cuando Von Richenbach tomó sus dos manos en la suya normalmente, Herr Schuh sintió el establecimiento normal de la corriente Od en sus brazos y pecho. En unos pocos segundos se produjo dolor de cabeza y vértigo, y el experimento fue demasiado desagradable como para prolongarse. Pero cuando Von Reichenbach tomó sus manos anormalmente, no se produjo ningún efecto sensible. Siendo

igualmente fuerte con Von Reichenbach, el cuerpo de Herr Schuh repelió la contracorriente, que este último arreglo tendía a arrojarle. En la primera o en la disposición normal, la corriente Od se encontró sin resistencia, sino que simplemente había seguido su curso natural. La aflicción se debió a que se sintió a través de la sensibilidad accidental de Herr Schuh a Od; la rareza en su sistema de la cual las personas en general no están conscientes.

He concluido mi caso a favor de las pretensiones de la vara adivinadora. Me parece, en todo caso, lo suficientemente fuerte como para justificar a cualquiera que tenga tiempo libre, de cortar un tenedor de avellana y caminar con él en lugares adecuados, sosteniéndolo de la manera descrita. Sin embargo, dudo si recomendaría a un amigo hacer el experimento. Si, por buena suerte, la vara adivinadora se negara a moverse en sus manos, se podría acusar de credulidad, y sentirse tonto, y esperar que nadie lo hubiera visto, por el resto del día. Si, desafortunadamente, el primer intento tiene éxito y lo lleva a continuar con la investigación, las consecuencias serían más serias: su destino probable sería caer varios grados de una vez en la estimación de sus amigos, y pasar en el mundo, todo el resto de su vida, por una persona áspera de intelecto débil.

En cuanto a la varilla de adivinación en sí, si mi argumento demuestra ser sólido, será un crédito para la familia de las supersticiones; porque, sin ninguna reducción, tijereteo o recorte, puede asumir de inmediato el caracter de una nueva verdad ¡Pero Ay! ¡las pruebas que le esperan en ese carácter! ¡Qué prueba penosa ante nosotros! Una nueva verdad tiene que enfrentar tres etapas normales de oposición. En la primera, es denunciada como una impostura; en la segunda, es decir, cuando comienza a forzarse hacia el reconocimiente, se la examina superficialmente y se la explica de manera plausible; en la tercera etapa, o cui bone, se la tilda de inútil y hostil a la religión. Y cuando se admite por completo, pasa solo bajo protesta de que ha sido conocida perfectamente desde hace mucho tiempo, un procedimiento destinado a hacer que la nueva verdad avergonzada de sí misma, y deseando nunca haber nacido.

Felicito a la serpiente marina por haber llegado a la segunda etapa de creencia. Dado que el profesor Owen (sin faltarle el respeto a su habilidad genuina y conocimiento eminente) la ha explicado con un elefante marino, su posibilidad de ser ella misma ha mejorado mucho; y como se saltará la tercera etapa -porque quién se atreverá a cuestionar el bien de una serpiente marina-, es ahora posible que mañana "despierte y se haga famosa", y ser recibida incluso en Lincoln's Inn Fields, donde sus restos pueden de manera conmemorativa ser etiquetada como el Ex-Gran-Sello.

Posdata, (1850). Puede ahorrarle problemas a un experimentador futuro

narrar mis propias hazañas con la varita de adivinación.

En la primavera de 1847, estando entonces en Weilbach, en Nassau, una región llena de fuentes subterráneas de agua, pedí al hijo del propietario del establecimiento de baño: un joven alto, delgado, pálido y de cabello blanco, llamado Edward Seebold, caminar en mi presencia arriba y abajo de un terreno prometedor, sosteniendo un tenedor adivinador de avellana, con los accesorios recomendados por M. de Tristan para los principiantes, es decir, sostuvo en su mano derecha tres piezas de plata, además de una manija de la vara, mientras que el mango que sostenía en su mano izquierda estaba cubierto con una fina seda.

El muchacho no había dado cinco pasos cuando la punta del tenedor de adivinación comenzó a ascender. Se rió con asombro ante el evento, que fue totalmente inesperado para él; y dijo que experimentó una sensación de cosquilleo o excitación en sus manos. Él continuó caminando arriba y abajo delante de mí. El tenedor pronto describió un círculo completo; luego describió otro; y así continuó mientras él anduvo así, y tan seguido como, después de detenerse, reanudó su caminata. El experimento fue repetido por él en mi presencia, con éxito similar, varias veces durante el mes siguiente. Entonces el muchacho cayó enfermo, y rara vez lo vi. Sin embargo, un día lo mandé llamar y le supliqué que me hiciera el favor de hacer otra prueba con el tenedor de adivinación. Así lo hizo, pero el instrumento se movía lenta y adormiladamente; y cuando, habiendo completado un semicírculo, apuntó hacia atrás hacia la boca del estómago, se detenía y no avanzaba más. Al mismo tiempo, el muchacho dijo que sentía una sensación incómoda, que rápidamente se convirtió en dolor, en la boca del estómago, y se alarmó, le ordené que dejara de agarrar un mango de la varita de adivinación, y el dolor cesó. Diez minutos después, lo induje a hacer otra prueba; Los resultados fueron los mismos. Unos días más tarde, cuando el muchacho parecía estar aún más enfermo, lo induje a repetir el experimento. Ahora, sin embargo, el tenedor de adivinación no se movería en absoluto.

Tengo pocas dudas de que las actuaciones anteriores de Edward Seebold fueron genuinas. Pensé lo mismo de las actuaciones de tres caballeros ingleses, y de un alemán, en cuyas manos, sin embargo, la varita de adivinación nunca se movió en un círculo completo. En manos de uno de ellos, su movimiento era retrógrado o anormal, es decir, comenzaba por descender.

Pero me encontré con otros casos, que fueron menos satisfactorios, aunque no instructivos. Debo observar que, en manos de varios que trataron de usarlo en mi presencia, el tenedor de adivinación no se movía ni una pulgada. Pero había dos hermanos menores de Edward Seebold, una doncella de baño y mi propio sirviente, en cuyas manos la vara jugaba nuevas bromas. Cuando estas personas caminaban hacia delante, el instrumento ascendía o se movía normalmente; pero cuando, por mi

deseo, caminaron hacia atrás, el instrumento se dirigió de inmediato hacia otro lado. Debo observar que, en manos de Edward Seebold, el instrumento se movió en la misma dirección, ya sea que caminara hacia adelante o hacia atrás; y he mencionado que al principio describió en sus manos un círculo completo. Pero con las cuatro personas de las que acabo de hablar, el movimiento del tenedor siempre fue limitado. Cuando se movía normalmente al comenzar, se detenía después de describir un arco de aproximadamente 225 °; de la misma manera, cuando se movía anormalmente al comenzar, se detenía después de describir un arco de aproximadamente 135 °; es decir, hubo un punto igual para los dos casos, más allá del cual no pudo obtenerse. Luego descubrí que, en las manos de mi criado, la vara adivinadora se movía incluso cuando estaba quieto, aunque con una acción menos animada; todavía se detuvo como antes, casi en el mismo punto. A veces ascendía, a veces descendía. Luego intenté algunos experimentos, tocando el apuntador con una aguja magnética. Encontré, en el curso de ellos, que cuando mi criado sabía en qué dirección esperaba que se moviera el tenedor, invariablemente respondía a mis expectativas; pero cuando tuve al hombre ciego, los resultados fueron inciertos y contradictorios. El fin de todo esto fue que tuve la certeza de que varios de aquellos en cuyas manos se mueve la vara adivinadora, la ponen en movimiento y dirigen su movimiento por la presión de sus dedos, y al acercar sus manos o separarlas más. Al caminar hacia adelante, las manos son llevadas de forma inconsciente hacia cada una, al caminar hacia atrás, ocurre lo contrario.

Por lo tanto, no recomiendo a nadie que procese estos experimentos a menos que pueda ejecutarlos él mismo, y a menos que la vara adivinadora describa un círculo completo en sus manos; e incluso entonces debería estar en guardia contra el autoengaño.

Posdata II. Ahora estoy (mayo de 1851) residiendo nuevamente en el establecimiento de baño de Weilbach, cerca de Mayence; y fue con cierto interés y curiosidad que el otro día le pedí al señor Edward Seebold, ahora un joven bien desarrollado, en plena salud, que probara nuevamente su mano con la vara adivinadora. Aceptó de buen grado mi pedido; y él esta vez sabía exactamente qué resultado esperaba. Pero el experimento fracasó por completo. La punta de la vara adivinadora se elevó, al caminar, no más de dos o tres pulgadas; pero esto lo hace con cada uno que presiona las dos manijas entre sí durante el experimento. Luego, el implemento permaneció perfectamente estacionario. Creo que no tengo la libertad de negar este resultado al lector, quien puede llevar a cuestionar, aunque no me puede inducir a dudar, la autenticidad de las actuaciones anteriores del Sr. E. S.

Traducción al español © 2017 GinnevraD.